

omitir todo eso. -le atajé- Comience a partir de la aparición del objeto, cuando se encontraban desnudos haciendo el amor sobre los fardos de trigo a la luz de la luna.

La pobre mujer me miró sorprendida y un tanto avergonzada. Pero consideré necesaria mi brusquedad, para darle a entender que podía expresarse con toda libertad puesto que conocía a fondo los detalles.

- Pues... sí, efectivamente, estábamos inmersos en nuestros juegos amorosos, -su voz sonó como un susurro- cuando de pronto apareció frente a mi aquella enorme esfera transparente... dentro... dentro... me pareció ver un ángel que me miraba junto a otros personajes que se movían a su alrededor...

- ¡Un ángel! ¿Se refiere a que, vió a un ser majestuoso de cabellos largos?

- ¡Sí! Sus cabellos eran largos, rubios brillantes como el oro, y su rostro reflejaba paz y bondad. Sin embargo me asusté mucho y salí corriendo hacia la torre...

- ¡Por favor! Haga memoria -le interrumpí ligeramente excitado- ¿Cómo era aquel objeto? ¿Notó algo raro? ¿Vió algo que le llamara la atención? ¿Trate de recordar!

Perdone pero... cualquier indicio sobre su sistema de propulsión podría significar... milenios de adelanto para nuestra humanidad.

- No, no me dió tiempo... estaba aterrorizada... tan solo recuerdo que era transparente, ya que a través de él pude ver las estrellas, y que, en la parte de abajo había una luz blanquísima que iluminaba toda la finca como si fuese de día. De eso me acuerdo perfectamente, porque, primero apareció aquel fulgor, y luego, como de la nada, surgió la esfera flotando sobre él.

- ¡El fulgor era su sistema de propulsión! -dije eufórico pensando en voz alta.-

Continúe por favor.

- Sin perder tiempo en vestirme, desnuda y completamente aterrada abandoné a Martín y corrí hacia la casa. Cuando llegaba exhausta frente al porche de la entrada, topé con mi marido que, alertado por su madre que aún no había cogido el sueño, salió fuera creyendo que se había prendido fuego en los campos de cereal.

"Sin embargo, antes de continuar quiero que sepa que mi marido ha sido y es un canalla. Un perfecto canalla con instintos asesinos. Solamente le diré que, en nuestro viaje de novios estando hospedados en un hotel de Fraga, por las noches, mientras yo permanecía en la habitación él solía tomar parte en las habituales partidas de cartas que tenían lugar en un reservado del mismo establecimiento. Una de ellas perdió todo nuestro dinero y contrajo deudas con otros jugadores a condición que, si no podía resarcirlas durante la velada, los acreedores se cobrarán conmigo. Yo de joven era muy atractiva. Aquellos hombres me vieron en el comedor mientras cenábamos, y al parecer se encapricharon de mí. No sé si con malas artes, porque estaba bebido, o simplemente porque no le acompañó la suerte, lo cierto es que mi marido continuó perdiendo y, ya de madrugada se presentó con tres individuos en nuestra habitación. Me despertó y me dijo que tenía que hacer el amor con aquellos tres hombres puesto que era una cuestión de

honor y además estaba en juego su propia vida. Quedé estupefacta sin saber qué decir creyendo que se trataba de una broma. Pero me di cuenta de que no lo era, cuando dos de los desconocidos salieron a esperar en el pasillo frente a la puerta, mientras el otro quedaba conmigo y mi marido en la habitación. Como es lógico me negué rotundamente, y tras ser abofeteada varias veces por mi marido grité para que acudiera el servicio. Entonces empezó a pegarme como un salvaje hasta dejarme con el rostro ensangrentado y medio inconsciente sobre la cama. Después me dejó sola para que aquellos hombres me violaran. No le cuento esto para justificar mi infidelidad, sino para que sepa de lo que es capaz."

- Y... ¿Por qué no le abandonó después de aquello y le denunció a la policía? -le interpele visiblemente afectado.

- ¡Hay hijo mío! -dijo con voz misericorde- aquellos tiempos eran diferentes a los de hoy. Cuando una mujer abandonaba su hogar, nadie analizaba si tenía o no razón. Simplemente se le consideraba una cualquiera, y generalmente así era tratada también por la justicia y la Iglesia. No le hacían ni caso. Además la tierra me pertenecía, era la herencia de mis difuntos padres. No podía huir de mi hogar, de mi casa de toda la vida, puesto que además, ello le hubiese otorgado a mi marido ciertos derechos sobre la propiedad. Traté de separarme de él legalmente en un par de ocasiones pero, valiéndose de malas artes no me lo permitió, consciente de que aquí en Cataluña me amparaba la ley de separación de bienes. Él no tenía nada. No era más que un simple "chorizo", que además usaba una vil estrategia para mantenerme a su lado: se aprovechaba del terrible pánico que siento desde niña a quedar ciega, secuelas de un accidente que me privó de la visión durante dos años. Es un miedo rayano al paroxismo que sólo de pensarlo me paraliza; es... como una enfermedad psicológica. El muy canalla desde que lo sabe me viene amenazando con clavarme un pincho en los ojos si le abandono o formulo alguna denuncia contra él. Incluso, ha tenido la crueldad de fabricárselo de forma dentada y enseñármelo para que vea que las consecuencias serían irreversibles, y le creo muy capaz de hacerlo.

- ¡La madre que lo parió! -exclamé fuera de mí- ¡Que hijo de puta!

- Aún no conoce lo peor -continuó- espere y verá. Cuando me vió llegar corriendo hacia la casa aquella noche desnuda y con las prendas en la mano, como es lógico al instante descubrió el motivo de mi escapada. Al pronto no reaccionó, intrigado por aquel foco de luminiscencia que se desplazaba frente a nosotros a baja altura. Pero momentos después la luz perdió intensidad tornándose naranja y desapareció tras la vivienda en dirección al camino que conduce a Almacelles. Yo entré muerta de miedo vistiéndome precipitadamente, pero me alcanzó ya en el interior de la vivienda y me descargó un tremendo puñetazo en la cara. Noté que mi nariz sangraba profusamente y, a medio vestir, me arrastró para afuera hasta un rastrillo de caballería que se encontraba en la explanada frente a la vivienda junto a otros aperos, atándose las manos fuertemente contra una de las ruedas. A continuación, con un vencejo de esparto puesto en remojo de los que se usaban para ligar los fajos de alfalfa, comenzó a azotarme salvajemente en la espalda. A mis gritos de dolor y súplicas acudió la madre interpo-